

—¡Sígueme! ¡adelante!

Pero las avanzadas anunciaron que los muertos de los cartagineses habían sido recogidos, que el puente estaba quemado y que Hamilcar con sus tropas había desaparecido.



IX

En campaña



EL Suffeta, pensó que los Mercenarios le esperarían en Utica, ó se revolverían contra él, y comprendiendo que no tenía fuerzas suficientes, ni para acometer, ni para resistir, marchó hacia el sur, por la orilla derecha del río, lo cual le ponía de momento á cubierto de una sorpresa.

Quería ante todo perdonando por entonces su rebelión, separar á todas las tribus de los bárbaros, y después, cuando estuviesen aislados, caería sobre ellos y les exterminaría.

En catorce días, pacificó la región comprendida entre Thouccaber y Utica, y las ciudades desde Fignicaba, Tessorah, Vacca y otras más occidentales; Zunghar, edifica-

da en la montaña; Assuras, célebre por su templo; Dge-raado, fértil en viñedos; Thapitis y Hagur le enviaron embajadores. Los campesinos llegaban trayendo víveres, imploraban su protección, besaban sus pies, los de los soldados y se quejaban de los bárbaros.

Algunos le ofrecían en sacos cabezas de Mercenarios muertos por ellos á lo que decían, pero que en realidad habían cortado á los cadáveres; pues muchos se habían perdido huyendo y se hallaban en las viñas.

Para deslumbrar al pueblo, Hamilcar envió al día siguiente de la victoria los dos mil soldados que aprisionó en el campo de batalla. Llegaron por compañías de cien hombres cada una, con los brazos atados á la espalda á una barra de broce, de cinco en cinco, y los heridos, corrían también porque los ginetes, detrás les flagetaban con sus látigos.

¡Fue un delirio de alegría! Se afirmaba que habían quedado seis mil bárbaros en el campo de batalla, que los otros no resistirían, y que la guerra había acabado; la gente abrazábase en las calles y se frotó con manteca y cinamomo el rostro de los dioses Pataicos, para darles las gracias. Con sus grandes ojos, su enorme barriga, y sus dos brazos levantados hasta los hombros parecían vivir hasta por su pintura fresca y participar de la alegría del pueblo. Los Ricos, dejaban sus puertas abiertas, todo era alegría en la ciudad. Los templos estaban iluminados por la noche, y las sacerdotisas de la diosa bajaban hasta Malqua. Se establecieron en las encrucijadas de sicomoro, y allí se prostituyeron. Se otorgaron tierras á los vencedores, se dispusieron holocaustos para Melkarth, se votaron cien coronas de oro para el Suffeta, y sus partidarios querían que se le diera nuevas prerrogativas y nuevos honores.

Había solicitado de los Antiguos, que propusieran á Autharito cambiar á Giscon y los otros cartagineses con los otros bárbaros si era preciso. Los libios y los nómadas

que componían el ejército de Autharito apenas conocían á aquellos Mercenarios que eran de raza griega ó latina; y puesto que la República les ofrecía tantos bárbaros á cambio de tan pocos cartagineses, es que unos tenían mucho valor y los otros carecían de él. Temían caer en un lazo.

Autharito rehusó. Entonces, los Antiguos decretaron la ejecución de los cautivos, aun cuando el Suffeta, le hubiese escrito que no los matasen. Quería incorporar á los mejores en sus filas y de tal modo excitar á los demás bárbaros á desertar. Pero el odio no tuvo espera.

Los dos mil bárbaros fueron atados en los Mappales, en las piedras de los cipos, y los mercaderes, los hinchos de cocina, los sastres y hasta las mujeres, las viudas de los muertos con sus hijos, cuantos querían, acudieron á matarlos á flechazos. Se les apuntaba lentamente para prolongar su suplicio; se bajaba el arma, luego volvía á levantarse y la gente se reía y vociferaba.

Los paralíticos se hacían llevar allí en literas; muchos por precaución llevábanse la comida, y otros pasaban la noche en aquel lugar horrible. Se habían levantado tiendas, y bebían á discreción. Muchos ganaron grandes sumas alquilando arcos.

No se retiraron los cadáveres crucificados parecidos á estatuas rojas sobre las tumbas.

La sanción de los dioses no faltó en aquella ocasión pues de los cuatro puntos cardinales, llegaban bandadas de cuervos. Volaban trazando grandes círculos en el aire y graznando continuamente. A veces, aquella negra nube, se deshacía de pronto, ensanchando lejos sus espirales oscuras; era que un águila la atravesaba; en las terrazas, en las cúpulas, en la punta de los obeliscos, y en el frontón de los templos, se veían grandes aves de rapiña que sostenían en su pico enrojecido piltrafas humanas.

A causa del hedor, los cartagineses, se decidieron á desatar los cadáveres. Se quemaron algunos, se echaron otros

al mar; y las olas, empujadas por el viento del norte les depositaron en la playa, delante del campo de Autharito.

Aquel castigo había aterrorizado á los bárbaros, y se les vió plegar sus tiendas, reunir sus rebaños, poner sus bagajes sobre asnos; y aquella misma noche el ejército entero se alejó.

Debía dirigirse desde la montaña de las Aguas Calientes hasta Hippo-Zaryta y privar así al Suffeta la posibilidad de volver á Cartago sin combatir.

Entre tanto los otros dos ejércitos tratarían de alcanzarle en el sur.

Spendio por oriente, y Matho por occidente, de modo, que juntándose los tres, pudieran sorprenderle y aplastarle. Un refuerzo que no esperaban les llegó: Narr'Havas apareció á la cabeza de trescientos camellos cargados de pez, de veinticinco elefantes, y de seis mil ginetes.

Contó que el Suffeta, había querido sublevar á sus súbditos, pero que él, prevenido por el hijo de su nodriza, fin al sitio donde estaban los rebeldes, y les venció fácilmente.

Los jefes de los cuatro ejércitos deliberaron acerca de todo. La guerra sería larga y era preciso prever todas las contingencias.

Se convino en reclamar el auxilio de los romanos y se ofreció aquella comisión á Spendio; pero como era tránsito de fuga, no se atrevió á encargarse de ella. Doce hombres de las colonias griegas, se embarcaron en Amraba en una chalupa de los númidas para ir á Roma. Los jefes exigieron de todos los bárbaros el juramento de una fidelidad completa. Diariamente los capitanes inspeccionaban el uniforme y el calzado; se prohibió á los centinelas el uso del escudo, pues á veces, le apoyaban en su lanza y se dormían de pie; á los que arrastraban algún bagaje, se les

obligó á prescindir de él; como los romanos, todo debía llevarse á la espalda. Por precaución contra los elefantes, Matho, instruyó un cuerpo de caballería en que el hombre y el caballo desaparecían bajo una coraza de piel de hipopótamo, erizada de clavos y para proteger los cascos de los caballos, envolvíanse sus pezuñas en cuerdas de esparto.

Se prohibió saquear los pueblos y tiranizar los habitantes que no fueran de raza púnica. Como el país iba quedando exhausto, Matho, ordenó distribuir víveres, sin cuidarse de las mujeres. Primero, las compartían con ellas. Por falta de alimento, muchos se debilitaban. Aquella era ocasión incesante de riñas y querellas, porque muchos, se atraían á las compañeras de las demás, ofreciéndolas su ración. Matho, ordenó echar á todas implacablemente. Se refugiaron al campamento de Autharito, pero las galas, y las libias, á fuerza de ultrajes, las obligaron á marcharse. Algunas, fueron á pedir refugio á los cartagineses, y otras se obstinaron en seguir á los ejércitos, llamando á sus hombres, sujetándoles por los mantos, y enseñándoles sus hijos desnudos que lloraban.

El genio de Moloch poseía á Matho.

A pesar de la voz de su conciencia, ejecutaba acciones espantosas, creyendo que obedecía la voluntad de su Dios. Cuando no podía talar los campos, mandaba cubrirlos de piedras para esterilizarlos.

A fuerza de mensajes, obligaba á Autharito y á Spendio á que se apresuraran. Pero las operaciones del Suffeta eran incomprensibles. Acampó sucesivamente en Eidus, Monchar, en Tehent; las avanzadas creyeron verle cerca de Ischul, cerca de las fronteras de Narr'Havas, y se supo que había atravesado el río sobre Teburba como para volver á Cartago.

Aquellas marchas y contramarchas fatigaban á los cartagineses y las fuerzas de Hamilcar, sin renovarse dismi-

nuían de día en día. Los campesinos le llevaban víveres cada vez de peor gana; por todas partes hallaba una resistencia pasiva, un odio taciturno. A pesar de sus súplicas al Gran Consejo, no llegaba ningún socorro de Cartago.

Entonces, desesperando de la República, Hamílcar tomó de las tribus lo necesario por proseguir la campaña; granos, aceite, madera, bestias de carga y hombres. Los habitantes huían de los pueblos á su aproximación. Las aldeas que se atravesaba estaban vacías y en vano se buscaba dentro de las cabañas; al ejército púnico le rodeaba una soledad espantosa.

Los cartagineses furiosos saquearon todas las provincias; cegaban las cisternas, é incendiaban las casas.

A veces junto á los caminos veían relucir dentro de un grupo de arbustos, unas pupilas centelleantes. Era un bárbaro que, en cuclillas y cubierto de polvo para confundirse con el color de las hojas secas, les espiaba.

Ni Utica ni Hippo-Zaryta le enviaron tampoco socorros. No se atrevían á comprometerse y contestaron vagamente.

De todos modos quería un punto en la costa y el puerto de Utica era el que le convenía; así podría aprovisionarse.

El Suffeta dió la vuelta al lago de Hippo-Zaryta con gran cautela, pero despues tuvo que disponer sus regimientos en columna para subir la montaña que separa los dos valles. Al ponerse el sol, y bajando por una estrecha cañada que se iba ensanchando despues en forma de embudo, advirtieron ante ellos, junto al suelo lobas de bronce, que parecían correr sobre la yerba.

De repente vieron altos penachos y oyeron un canto formidable, acompañado de un ritmo de palmas. Era el ejército de Spendio, pues los campanios y griegos, por odio á Cartago, habían adoptado las insignias romanas. Al mismo tiempo, á la izquierda, aparecieron largas lanzas, escudos de piel de leopardo, corazas de lino, hombros

desnudos. Eran los iberos de Matho, los lusitanos, los balears, los gétulos; resonó el relincho de los caballos de Narr'Havas que se exparcieron alrededor de la colina. Luego llegó la muchedumbre que mandaba Autharito; los galos, los libios, los nómadas; y entre ellos, se veía á los comedores de casas inmundas, que se distinguían por las espinas de pescado que llevaban en la cabellera.

Los bárbaros, combinando exactamente sus movimientos se habían juntado, pero sorprendidos el verse enfrente del enemigo permanecieron algunos minutos inmóviles como consultándose.

El Suffeta había dispuesto sus hombres en círculo cerrado, de manera que pudieran ofrecer por todas partes igual resistencia. Los mercenarios estaban cansados; mejor era esperar el nuevo día; y seguros de su victoria los bárbaros durante toda la noche, solo se cuidaron de comer y dormir. Habiendo encendido grandes fogatas que deslumbrándoles dejaban en la sombra al ejército púnico. Hamílca hizo abrir alrededor de su campamento, como los romanos, un foso ancho de quince pasos y diez codos de profundidad. Al levantarse el sol, los mercenarios quedaron pasmados viéndoles atrincherados como dentro de una fortaleza.

Comprendieron que si todos atacaban á la vez se exponían á una derrota segura, porque el mismo exceso de combatientes les perjudicaría. Además, ¿cómo salvar los pasos? En cuanto á los elefantes no estaban bastante adiestrados.

—¡Sois un hatajo de cobardes!—exclamó Matho.—Capitaneando á los mejores se dirigió contra la trinchera; una nube de piedras les hizo retroceder; pues el Suffeta había tomado en el puente sus catapultas abandonadas.

Los bárbaros, al ver aquella dificultad se amilanaron; querían vencer, pero arriesgándose lo menos posible. Spendio quería guardar las posiciones que tenían, y rendir por hambre al ejército púnico. El Suffeta entabló negociacio-

nes para ganar tiempo, y una mañana los bárbaros hallaron en sus avanzadas un pergamino con proposiciones escritas. Decía que los Antiguos le habían obligado á hacer la guerra, y para probarles que mantendrían su palabra les ofrecía el saqueo de Utica ó de Hippo-Zaryta; terminaba diciendo que no les temía, porque había ganado con dádivas á algunos traidores, los cuales acabarían con ellos.

Los cuatro jefes se reunían todas las noches en la tienda de Matho, y en cuclillas alrededor de un escudo adelantaba y hacían retroceder con cuidado, figuritas de madera, que eran invención de Pyrrho para ensayar las maniobras.

Mientras los bárbaros deliberaban, el Suffeta aumentaba sus defensas; hizo ahondar un doble foso, y en los ángulos del campamento levantar torres de madera.

Desde el fondo del anfiteatro en que estaban asediados, veían de continuo en las alturas los cuatro campamentos de los bárbaros. Algunas mujeres pasaban con cueros en la cabeza; muchas cabras corrían balando entre los pabellones de picas y lanzas; los centinelas se relevaban, y los soldados comían alrededor de altos trípodes.

Desde el segundo día, los cartagineses habían advertido en el campamento de los mercenarios, un grupo de unos trescientos hombres, apartados de los demás. Eran los Ricos, prisioneros desde el principio de la guerra. Los libios les alinearon junto al foso, y apostados detrás de ellas, lanzaban jabalinas, sirviéndose de sus cuerpos á modo de escudos. Algunos de los cartagineses sollozaban estúpidamente; otros gritaban á sus amigos que tiraran contra los bárbaros. Había uno inmóvil y con la frente baja que no hablaba nunca. Su gran barba blanca casi le llegaba hasta las manos cubiertas de cadenas y los cartagineses reconocían á Gisco en aquel hombre. Aunque el sitio era peligroso, todos se empujaban para verlo. Se le había puesto en la cabeza una tiara grotesca de cuero de hipopótamo, incrustada de

guijarros. Aquello lo había inventado Autharito, pero disgustaba á Matho.

Hamilcar exasperado, hizo abrir las empalizadas decidiendo á pasar y con ímpetu furioso, los cartagineses subieron hasta la mitad de la falda de las colinas.

Pero bajó de ellas tal torrente de bárbaros, que no tuvieron más remedio que retroceder apresuradamente. Uno de los legionarios que quedó rezagado, cayó entre las piedras. Zarxas fué hacia él, y derribándole le hundió un puñal en la garganta. Lo sacó; aplicó sus labios sobre la herida y chupó la sangre con avidez. Luego, se sentó sobre el cadáver y entonó una canción balear, llamando á sus hermanos al festín; luego, bajó lentamente la cabeza y lloró. Aquel espectáculo aterrorizó á los bárbaros, sobre todo á los griegos.

Los cartagineses no intentaron otra salida y no se atrevían á rendirse, seguros de perecer entre atroces suplicios.

El hambre más horrible reinaba en el campamento. Quedaba únicamente en él un poco de trigo y unos sacos de fruta seca. No había ni carne ni aceite, ni hierba para los caballos. Todos echaban de menos sus casas, sus familias, de continuo era preciso rechazar ataques; las torres ardían; los comedores de cosas inmundas, asaltaban sus empalizadas. Una lluvia de piedras y de hierro caía sobre las tiendas. Para librarse de los proyectiles, los cartagineses levantaron espesos cañizos de juncos, se encerraron tras ellos, y permanecieron sin moverse. Hamilcar estaba tan indignado contra Cartago, que hubiera deseado unirse á los bárbaros para ir contra ella. Ni el Gran Consejo, ni nadie, enviaba un socorro ni una esperanza. La situación era intolerable, pensando que llegaría á serlo más.

En Cartago, al tener noticias del desastre se maldijo el nombre de Suffeta más que si se hubiera dejado vencer desde el principio. Faltábanles dinero y tiempo para buscar otros mercenarios, y era imposible equipar nuevos soldados en la ciudad.

El Suffeta había tomado todas las armas y con él estaban los mejores capitanes. Todos creían que el Suffeta después de la victoria, debió aniquilar á los mercenarios. ¿Por qué se le ocurrió saquear á las tribus? Los mercenarios, los pescadores, hasta los bañeros y los vendedores de bebidas calientes, discutían los planes de campaña del Suffeta; no había hombre que no se creyera con derecho á dar su voto.

Los sacerdotes afirmaban que su derrota era el castigo de su impiedad; recordaban que jamás ofreció holocaustos, que no había siquiera purificado sus tropas, que rehusó llevar augures en sus filas y exigieron del Gran Consejo la promesa de crucificarle si por azar volvía á Cartago.

Un delirio fúnebre agitaba á Cartago. Los gritos de las mujeres llenaban las casas y escapándose por entre verjas y rejas, hacían volver la cabeza á los que pasaban. Algunas veces se decía que los bárbaros llegaban; que se les había visto detrás de las montañas de las Aguas Calientes, que estaban acampados en la llanura.

Cuando el terror pasaba, la cólera renacía. La convicción de su impotencia aplastaba á todos bajo una inmensa tristeza. Aumentaba cuando todos los habitantes subidos una tarde á las terrazas lanzaban, inclinándose nueve veces, un gran grito por saludar al sol. Hundíase detrás de la laguna lentamente, y después desaparecía entre las montañas, hacia donde estaban los bárbaros.

Algunos decían que todas las desdichas provenían de la pérdida del zaimph, Salammbó tenía indirectamente la culpa de ello. Debía ser castigada. Aquella idea tomó pronto cuerpo entre el populacho. Para calmar á los Balim era preciso ofrecerles algo de un valor inmenso, un sér hermoso, joven, virgen, de antigua estirpe, un astro humano. Diariamente hombres desconocidos invadían los

jardines de Megara; los esclavos, temblorosos, no se atrevían á rechazarlos. Sin embargo, no llegaban á subir por la escalinata de las galeras. Permanecían al pie de ella con los ojos levantados hacia la última terraza. Esperaban á Salammbó y durante horas y horas vomitaban injurias contra ella como perros que ladran á la luna.

